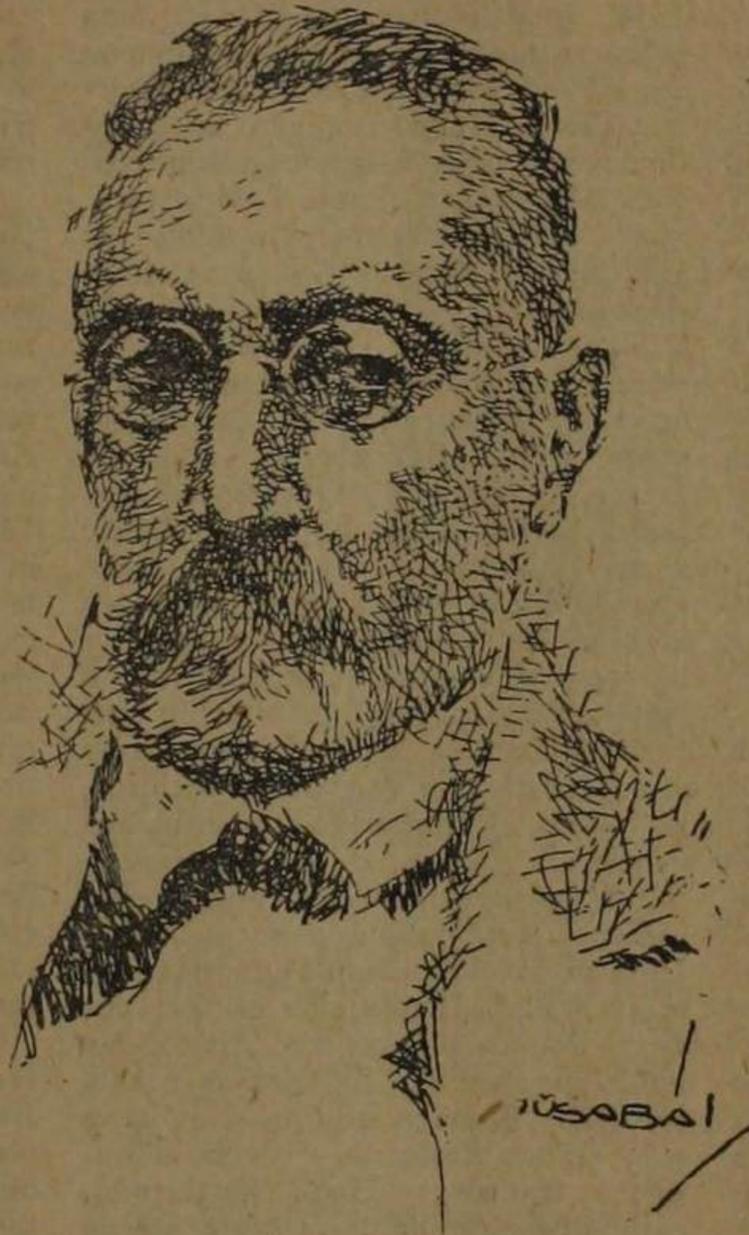


El destierro de Unamuno

Madrid, febrero de 1924.

COMIENZO esta crónica con el ánimo contristado. Sirviéndome de evocaciones históricas, en diálogos humorísticos, fingiendo entrevistas de informadores extranjeros — y siempre dentro del mayor respeto a las personas — he procurado decir a los lectores de *La Prensa* la verdad sobre la situación de España. Y mis augurios y prevenciones desgraciadamente se han ido confirmando. Nos hallamos en días de pronunciada y sistemática reacción. Se persigue a la inteligencia. Y no debe afligirse el español ausente de España — el español de la Argentina, por ejemplo — a causa de este cuadro lamentable que dibujamos. Sí; es lamentable. Pero existe algo ahora verdaderamente consolador. Podemos levantar el corazón a la esperanza y sentirnos satisfechos. España es España. España es la España que, a lo largo del siglo XIX, ha sabido luchar por la libertad y por la inteligencia. Y diré en qué consiste esta particularidad que yo encarezco como síntoma alentador. Tiene Fedro una fábula — la primera del libro V — en que apoderándose Demetrio Falereo por la violencia del poder, en Atenas, todo el mundo va a rendirle acatamiento y pleitesía. *Ipsi Príncipes illam osculantur qua sunt oppressi manum...* Así dice el fabulista, para demostrar con tal pormenor, el general rendimiento ante el dictador. Y yo quiero dejar en latín ese pormenor. Pues bien; en esa fábula todos acuden a rendir homenaje a Demetrio Falereo, y el último de todos, mujeril y perfumado, allégase también un escritor. Y el dictador después de reconocerle, le saluda con toda amabilidad.

En la ocasión presente, en España y en los días que corren, los escritores no se han acercado al poder. El dictador es hombre cortés, bondadoso, y les hubiera recibido seguramente en palmas; pero el hecho es — y es de loar el hecho — que la intelectualidad española, en medio del general rendimiento (*Ipsi Príncipes illam...*) se ha mantenido independiente. Y la actitud de los escritores no podía ser otra. Recuerden los lectores argentinos de qué modo satisfactorio, con qué alborozo y regocijo, recibimos todos en



Miguel de Unamuno

Al Directorio Militar Español:

Cerrar Ateneos, desterrar a Unamuno, es decisivo. Todos los países de América seremos Ateneos. Todos los escritores de América hablaremos por Unamuno. Los hijos americanos de España, que la amamos tanto, exhortamos a ustedes a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por ustedes a quienes en este momento los toma la Historia y no tendrán más salvación.

CARLOS VAZ-FERREIRA
y otros intelectuales uruguayos.

España la caída del antiguo régimen; es decir, del régimen de frivolidad y de corrupción. Pero a partir de ese momento de satisfacción, la divergencia comienza a iniciarse. Desconocían u olvidaban los militares pronunciados un hecho capital, a saber: que si había sido posible — y plausible — el derrumbamiento de lo antiguo, esa posibilidad y esa plausibilidad se debían a un período preparatorio de treinta años. Y que en ese período de preparación quienes habían laborado perseverantemente contra el antiguo régimen habían sido precisamente los intelectuales.

Costa, Azcárate, Malladas, Isern,

Macías Picavea, Giner, Ganivet, etcétera, han ido haciendo poco a poco, a lo largo de los años, la crítica del Estado español. Y ha llegado, por fin, un momento en que toda esa inmensa, formidable, implacable crítica, se ha condensado en una suprema decisión. Lo antiguo ha caído; era preciso edificar un nuevo Estado, Y los militares, que noble, generosa y patrióticamente (no les regateemos los ologios) han derrumbado el régimen arcaico, no han tenido la altura espiritual bastante para llamar a su lado, o mejor dicho, para dejar el paso libre a los mismos elementos que habían hecho posible y plausible el derrumbamiento. Han sido los mismos militares quienes han pretendido edificar, gobernar, y el fracaso de tan nobles y patrióticos gobernantes ha sido ruidoso y total. Pero no sólo han fracasado en su empresa, sino que poco a poco han ido revolviéndose contra los elementos que, a lo largo de treinta años, les habían ido preparando el camino. La pugna con los intelectuales comenzaba. Y esa pugna ha ido hasta los encarcelamientos y el destierro de Miguel de Unamuno.

Y ¿cuál es la íntima razón de esa pugna? Un gobierno fuerte, un gobierno dictatorial, puede hacerlo todo. Si el gobernante es militar, lo verá todo desde el punto de vista de la ordenanza y de la autoridad; para el gobernante militar, la operación de la vida social — icosa tan compleja y multiforme! — será una operación rígida, simétrica y cronométrica. Todo podrá hacerlo el militar; la *Gaceta* estará a su disposición para emitir ór-

denes y decretos; la fuerza pública se hallará a sus órdenes para ejecutar complaciente y silenciosamente sus menores deseos. Todo el mundo acatará la voluntad del dictador. Y el dictador podrá pasearse erguido y orgulloso de su fuerza por toda la nación... Sin embargo, el cuadro de bienandanzas no será completo. En alguna parte habrá una llamita fosfórica, un titileo luminoso, una lumbrécita perenne que no obedece a la voluntad omnímoda. Esa llamita fosfórica, eterna, titubeante, pero siempre vivaz, es la inteligencia. Y el dictador luchará, forcejeará, se esforzará por aprisionar esa llamita; sus esfuer-